

El mundo quimérico de Marines Lacayo

Por Pepo Toledo

www.pepotoledo.com

Puedes descargar este artículo en el siguiente enlace: [//toledopepo.academia.edu](http://toledopepo.academia.edu)

Fue allá por el año 2013 que Marines llegó a mi estudio con una carpeta bajo el brazo. Me presentó sus primeros dibujos en blanco y negro. Un mundo de quimera, con figuras abstractas, zoomorfas, dispuestas caóticamente en estructuras coherentes. Las formas realizadas a mano alzada, con lujo de detalles, ashurados finos y trazo firme. Peculiaridades propias de la madurez. Las utopías, pensé, son alcanzables. Las quimeras sólo existen en nuestra mente. Las conocemos desde niños y los afortunados deliramos con ellas toda la vida. “Qué triste cosa debe ser padecer de cordura”, pensé. Volví a la realidad, le di la bendición a Marines y la animé a seguir adelante.



La mejor forma de aprender a dibujar y pintar es en blanco y negro. El artista se enfoca en la esencia del dibujo, el alma de la representación. Se despoja de todo distractor y no da opción a camuflajes. Una escena interpretada en blanco y negro se convierte en una realidad alternativa. Recordando las palabras del poeta Octavio Amórtegui, Marines comienza donde los grandes maestros terminan: en la sencillez.



Su mente inquieta la hace transitar por la espontaneidad, propia del arte contemporáneo este siglo, pero también característica de las primeras artes. Creaciones excepcionales, frescas y genuinas, quedaron plasmadas en las cavernas. La mano educada de Marines literalmente detona y produce trazos gestuales, dinámicos, inquietantes. La etapa de color irrumpe. El caos es ahora generalizado. Coquetea con el arte de hoy, que rechaza la prolongación del arte en la historia, priorizando la experimentación. Navega cómodamente en esta corriente, manteniendo sabia distancia de aquello que perturba.

En este punto de su evolución artística, Marines se identifica con artistas que anhelan el tipo de relación entre la obra y su entorno inherente al arte moderno, cuyo éxito en los museos se mantiene.



Es de esta manera que nace lo propio, lo inusitado. Feliz producto de este desarrollo. Retoma las construcciones de su obra en blanco y negro con el influjo de su particular estilo, y les añade color. Las pinceladas gestuales son domesticadas de nuevo, dando paso a una paleta bien equilibrada de pigmentos sólidos de singular viveza. Arte que, habiendo dado un vistazo a las cuevas, sale a las calles de la ciudad a tender puentes de comunicación.

Termino así el relato de cómo Marines Lacayo trastocó su pintura en poesía.